

dades de sus amos. Así todo se relajaba; la familia no existía; vivían en un restaurant en lugar de comer honradamente en su casa. Por fin, terminó profetizando que el joven Alberto devoraría más tarde la tierra de Rambouillet con las actrices.

Madame Baudu le escuchaba con la cabeza apoyada en la almohada, tan pálida, que su cara tenía la blancura de la funda de aquélla.

— Ellos te han pagado — dijo por fin dulcemente.

Al pronto Baudu quedó mudo, dió algunos pasos con la vista fija en el suelo, y despues repuso:

— Es verdad, me han pagado; despues de todo, su dinero es tan bueno como cualquiera otro... ¡Sería chistoso volver á comprar la casa con ese dinero! ¡Ah! ¡Si yo no me hallára tan viejo y tan cansado!

Reinó un largo silencio. El pañero se sentía asaltado por vagos proyectos. De pronto su mujer, sin moverse, con la mirada fija en el techo, le dijo:

— ¿Te has fijado en tu hija desde hace algun tiempo?

— No — respondió.

— Pues bien, me tiene algo disgustada... está tan pálida, parece poseida por la desesperacion.

Baudu, de pié ante el lecho, estaba lleno de sorpresa.

— ¡Desesperacion! ¿por qué?.. si está enferma debe decirlo. Mañana harémos venir al médico.

Madame Baudu, siempre inmóvil, repuso despues de un momento de silencio:

— Yo creo que lo mejor sería adelantar el matrimonio con Colmban.

Baudu la miró, continuando despues su paseo. ¿Sería posible que su hija estuviera enferma á causa del dependiente? ¡Le amaba hasta el punto de no poder esperar!

Esto le contrariaba tanto más, cuanto que nunca había pensado realizarlo en las presentes circunstancias. Á pesar de todo, su inquietud paternal venció.

— Está bien — dijo por fin — hablaré á Colmban.

Sin añadir una palabra más siguió paseándose. Poco despues su mujer se durmió, pareciendo por su extremada palidez una muerta. Él siguió paseando. Antes de acostarse levantó las cortinas y miró: al otro lado de la calle las abiertas ventanas del hotel Duillard describian grandes huecos en aquella mole donde los obre-

ros se agitaban entre los resplandores de las lámparas eléctricas.

Al día siguiente Baudu llevó á Colmban á un pequeño almacén del entresuelo. La vispera ya había pensado lo que tenía que decirle.

— Ya sabes — empezó diciendo — que he vendido mi propiedad de Rambouillet. Eso nos va á permitir luchar un poco más; pero ántes de nada, quiero hablar contigo.

El joven, que parecía temer el resultado, escuchaba turbado.

Sus pestañas se movian vivamente, y su boca, abierta, indicaba una gran perturbacion.

— Escúchame bien — prosiguió el pañero. — Cuando el padre Hauchecorne me traspasó *El Viejo Elbauf*, la casa estaba próspera; él mismo la había recibido en buen estado de manos del viejo Finet... Ya conoces mis ideas; creeria cometer una mala accion si dejára á mis hijos disminuida esta herencia; por esto he retardado siempre tu matrimonio con Genoveva... Si, esperaba con obstinacion volver á la antigua prosperidad; queria entregarte los libros diciéndote: — Mira, el año que tomé la tienda vendí tanto paño, y el año que la dejo he vendido diez mil ó veinte mil más. — Esto era una promesa que yo me había hecho á mí mismo, un deseo muy natural de probar que la casa no había decaido en mis manos. De otro modo me parecería que os había robado.

La emocion embargaba su voz. Sonóse para tomar aliento, y preguntó:

— ¿No dices nada?

Colmban no tenía nada que decir, y aguardaba con creciente turbacion, creyendo adivinar á donde iba á parar su principal. Si era el matrimonio en breve plazo, ¿cómo rehusar? Jamas se atrevería. ¿Y la otra, con la que él soñaba abrasándose con tal fuego, que tenía que saltar del lecho desnudo por miedo de morir?

— Hoy — continuó Baudu — tenemos una cantidad que nos puede salvar. La situacion es cada día peor, pero puede ser que, haciendo un esfuerzo supremo... En fin, yo debo advertirtelo. Vamos á jugar el todo por el todo. Si nos vencen, álguien nos enterrará... Solamente que vuestro matrimonio va á ser de nuevo diferido, porque no quiero mezclarlos en la pelea. Eso sería cobarde, ¿no es cierto?

Colmban se sintió más tranquilo; estaba sentado sobre las piezas y advertía en sus piernas un movimiento nervioso. Temía

dejar comprender su alegría, y con la cabeza baja la saboreaba.

— ¿No dices nada? — repitió Bandu.

No, no decía nada, no tenía qué decir. El pañero siguió pausadamente:

— Estaba seguro de que esto te disgustaría. Te falta valor; ámate un poco y no te amilanes. Comprende bien mi petición: ¿Puedo dejaros semejante carga? En vez de cederos un buen negocio, os proporcionaría acaso una quiebra. Únicamente los pillos hacen esas jugarretas. Yo quiero vuestra dicha, sí, pero sin forzar mi conciencia.

Habló largo rato, revolviéndose en frases contradictorias, como quien quiere ser entendido á media palabra. Había prometido su hija y su tienda, y la estricta probidad le obligaba á darlas sin mancha y sin deudas. Estaba fatigado; aquello le pesaba mucho, y el ruego palpitaba en su voz temblona. Las palabras se le enredaban en los labios esperando de Colomban un arranque, un grito del corazón que no salían.

— Ya sé — murmuró — que los viejos carecen de ardor; con los jóvenes todo parece encenderse vivamente: es natural; tienen fuego en el cuerpo... ¡Pero no, no puedo, palabra de honor! Si os la cediese me recriminarías más tarde.

Se calló estremeciéndose, y como el joven siguiese cabizbajo, le preguntó por tercera vez despues de una pausa penosa:

— ¿Qué dices?

Colomban respondió al fin sin mirarle:

— Nada digo; vos sois el dueño y sabéis más que nosotros. Pues que lo exigís, esperaremos tratando de ser razonables.

Era el *ultimatum*. Baudu aún esperó que se arrojase en sus brazos exclamando: «Padre, descansad; vamos á luchar nosotros. Dadnos la tienda como está, para que intentemos el milagro de salvarla...»

Se miró como avergonzado, acusándose sordamente de haber querido engañar á sus hijos. La honradez maniática del tendero se despertaba en él: aquel joven tenía evidentemente razón, por que en el comercio no hay sentimientos, sino guarismos.

— Abrázame, muchacho — dijo para acabar. Está decidido que no hablemos de boda hasta dentro de un año. Pensemos ante todo en las cosas serias.

Por la noche, cuando la señora Baudu le preguntó en su cuarto por el resultado de la entrevista, le dijo que éste quería luchar

hasta el fin. Hizo un elogio caluroso de Colomban: era un joven de ideas firmes, educado en los buenos principios, incapaz de reirse con los compradores, como los pisaverdes de *La Dicha*. Sí, era honrado y no tomaba la venta como un juego de Bolsa.

— Entonces, ¿cuándo es la boda? — preguntó la pañera.

— Más adelante; quiero guardar mi promesa.

La pañera no hizo ni un gesto, pero dijo sencillamente, despues de un silencio:

— Se morirá nuestra hija.

Baudu se volvió, colérico... ¡Él sí que moriría si seguían soliviantándole de aquel modo! ¿Era culpa suya? Amaba á su hija hasta dar su sangre por ella, pero él no podía hacer que la cosa marchase si no quería. Genoveva debía tener más juicio y esperar un inventario mejor. ¡Qué diablo! allí estaría Colomban: no lo robaría nadie.

— ¡Es increíble! — repetía — ¡una niña tan bien educada!

La señora Baudu no añadió palabra. Había adivinado, sin duda, las celosas torturas de Genoveva, sin atreverse á confiárselas á su marido. Su singular timidez mujeril le impedía siempre abordar estos temas de delicada ternura. Cuando Baudu la vió callada, volvió su cólera contra las gentes de enfrente, cerrando los puños en el aire, del lado de la puerta, en la que se veían barras de hierro.

Dionisa iba á volver á *La Dicha de las Damas*. Comprendió que los Robineau, obligados á disminuir su dependencia, no se atrevían á despedirla. Para sostenerse tenían que bastarse ellos solos; Gaujean, siempre irritado contra Mouret, alargaba los créditos y prometía hallar fondos; pero ellos tenían miedo y querían establecer orden y economía. Durante quince días, comprendió Dionisia que estaban molestos con ella, y como debía ser la primera que hablase, les anunció que había hallado colocacion en otra parte. Aquello fué una explosion: la señora Robineau la abrazó, jurándole que no la olvidaría nunca. Luégo, cuando dijo que volvía á casa de Mouret, Robineau palideció, y dijo bruscamente:

— ¡Teneis razon!

Más difícil era dar la noticia al viejo Bourras. Debía despedirse de él, y temblaba porque le estaba agradecida. Tal vez no dijera nada, preocupado con el vecino barullo. Las carretillas de yeso ensuciaban su tienda; los picos sonaban en sus paredes, y todo allí, los paraguas y los bastones, parecía bailar al ruido de las

herramientas y los escombros al hundirse. Lo peor era que el arquitecto había pensado, para unir las secciones del almacén con las nuevamente instaladas en el hotel Duvillard, abrir un paso por bajo de la casa que las separaba. Ésta pertenecía á Mouret, y el contrato decía que el arrendatario debía abonar los gastos de reparación. En esto se presentaron los obreros una mañana. Casi le dió á Bourras un ataque... ¡De modo que no bastaba con ahogarle por todas partes, á derecha, á izquierda y por la espalda, sino que áun querían hacerlo por abajo comiendo la tierra bajo sus piés! Despidió á los albañiles quejándose. Trabajos de reparación... bueno; pero aquéllos eran de embellecimiento. Pensaría el barrio que él ganaría con aquello, no siendo verdad. El pleito sería largo en todo caso, y aquello apasionaba á la gente.

El día en que Dionisia se resolvió á despedirse, llegaba precisamente Bourras de casa de su abogado.

—¿Qué os parece?— exclamó. — Ahora dicen que la casa no es sólida, y que hay que reforzar los cimientos... ¡Pardiez! ¡si están hartos de sacudirla con sus máquinas, no extraño que se venga abajo!

Cuando la jóven le anunció que se iba, y que volvía á *La Dicha*, con mil francos de sueldo, se quedó tan pasmado, que se limitó á levantar las manos al cielo, cayendo emocionado sobre una caja.

—¡Vos!— balbuceó. — ¡De modo que no queda nadie más que yo!

Y preguntó al cabo de un rato:

—¿Y el pequeño?

—Volverá á casa de la señora Gras— respondió Dionisia.— Le quería mucho.

Se callaron ambos. Ella le hubiera preferido furioso, jurando y cerrando los puños, y la daba grima ver al viejo sofocado y aplomado. Pero se animó á poco, y exclamó:

—No se rehusan mil francos... Idos todos, dejadme solo; sí, solo. Hay uno que no bajará nunca la cabeza; y decidles que ganará el pleito aunque tenga que vender la última camisa.

Dionisia debía dejar á Robineau á fin de mes. Había vuelto á ver á Mouret, y todo estaba arreglado. Una noche, al subir á su casa, la detuvo al paso Deloche, que había estado esperando en una puerta cochera. Era feliz porque acababa de saber en el almacén la gran noticia... Y la contó alegremente la comidilla de los mostradores:

— Esas señoritas de la confección hacen un papel...

Y se interrumpió para decir:

—Á propósito, ¿os acordais de Clara? Bueno, pues según parece, el principal la ha... ¿comprendeis?

Se puso encarnado, y ella exclamó muy pálida:

— ¡El señor Mouret!

— ¡Qué gusto! ¿eh? — siguió él. — Una mujer que parecía un caballo... La oficiala de ropa blanca del año pasado era siquiera graciosa.

Dionisia llegó á su piso desfallecida; creyó que sería por haber subido deprisa. Puesta de codos en la ventana, pensó en Valognes, en la desierta calle, en el empedrado herboso que veía desde su alcoba de niña; sintió vivo deseo de volver á vivir allá abajo, de refugiarse en el olvido y la paz de la provincia. La enojaba París, sentía aborrecimiento por *La Dicha de las Damas*, y no se daba cuenta del por qué había consentido en volver. Sufrió desconocido malestar desde que oyera las historias de Deloche. Sin motivo sintió ganas de llorar... y lloró mucho, y se sintió con algún valor más para vivir.

Al día siguiente, á la hora de almorzar, había salido, y pasó por delante de *El Viejo Elbauf*: se detuvo al ver solo á Colomban en la tienda. Los Baudu almorzaban: se oía el ruido de los cubiertos en el fondo de la salita.

—Podeis entrar— dijo el dependiente.— Están en la mesa.

Ella le hizo señas de que callára, y le llevó á un rincón, diciéndole en voz baja:

— Quería hablaros... ¡No teneis corazón! ¿No veis que Genoveva os ama... y que morirá?

Estaba temblona, presa de la fiebre de la víspera. Él, azorado y sorprendido con aquella brusca acometida, la miraba sin decir nada.

— Entendedlo bien— siguió ella; — Genoveva sabe que amaís á otra. Me lo dijo sollozando la desgraciada... ¡Pobrecilla! Está en los huesos; ¡si hubieseis visto sus brazos!.. Dan ganas de llorar... ¡No podeis dejarla morir así!

Habló al fin, todo alterado.

— Pero no está enferma; exagerais... Yo no la veo de ese modo... y además, su padre es quien retrasa la boda.

Dionisia vió en esto una mentira. Sabía que la más pequeña instancia del jóven convencería al tío. Cuanto á la sorpresa de

Colomban no era fingida : no se había apercebido de la lenta agonia de Genoveva ; fué para él una revelacion desagradabilísima. No debía reprochársele nada si no se había dado cuenta de ello.

— ¿Y por quién?— siguió Dionisia.— Por una nonada. ¿Es que no conoceis á la que amais? No he querido disgustaros hasta ahora, evitando contestar á vuestras preguntas. Pues bien ; ella se burla de vos, es de todo el mundo, y no la conseguiréis jamas sino como la consiguen los demas : por una vez...

Colomban escuchaba pálido, y á cada frase de ella temblaban sus labios sobre sus dientes apretados. Dionisia sentia cruel placer en decirle todo aquello.

— Para acabar — dijo por último — ahora está con el señor Mouret.

Su voz era más ahogada, y se puso más pálida que Colomban. Se miraron, y él murmuró :

— La amo...

Dionisia se avergonzó. ¿ Por qué hablaba así á aquel jóven, ni por qué se interesaba de aquel modo? Se quedó callada ; aquellas dos palabras resonaron en su corazon como una campanada que la hubiera hecho sufrir un sacudimiento. ¡ La amaba !.. Tenía razon, pues ; no debía casarse con otra.

Al volverse apercibió á Genoveva en la puerta del comedor.

— ¡ Callaos ! — dijo rápidamente á Colomban.

Pero era tarde : Genoveva habia oido, sin duda. Tenia los labios descoloridos. En aquel momento pisó la puerta una parroquiana, la señora de Bourdelais, una de las últimas fieles de *El Viejo Elbeuf*, donde compraba los géneros fuertes. Desde hacía tiempo la señora de Boves siguió la moda, yéndose á *La Dicha de las Damas*, y hasta la de Marty tambien, seducida por los escaparates de enfrente. Genoveva adelantó y dijo con su voz pastosa :

— ¿ Qué desea la señora ?

La de Bourdelais queria ver franelas. Colomban bajó una pieza de la anaquelería, y Genoveva enseñó la tela ; ambos se vieron de cerca tras del mostrador. En aquel momento salía Baudu el último del comedor, y su mujer fué á sentarse detras del escritorio. Baudu no intervino en la venta : sonrió á Dionisia y se quedó de pié mirando á la señora de Bourdelais.

— No me gusta — decia ésta. — Enseñadme lo mejor que tengais.

Colomban bajó otra pieza, y hubo una pausa mientras la de Bourdelais examinaba la tela.

— ¿ Cuánto? — preguntó.

— Seis francos, señora — dijo Genoveva.

La parroquiana hizo un brusco movimiento.

— ¡ Seis francos ! ¡ Pero si esta misma la dan ahí enfrente á cinco !

Ligera contraccion pasó por el rostro de Baudu, y no pudo ménos que intervenir, aunque cortésmente... La señora se engañaba sin duda ; debía venderse aquel género á seis francos cincuenta, y era imposible darlo á cinco ; sería otro género.

— No, no — repetia la de Bourdelais con la terquedad de la burguesa que no cree que puedan engañarla. — Es la misma tela ó mejor aún.

La discusion acabó en ágría. Baudu, con la bilis revuelta, trataba de aparecer sonriente. Hervíale en la garganta la indignacion contra *La Dicha*.

— Creo — dijo la de Bourdelais — que me debeis tratar mejor, ó iré ahí enfrente como las demas.

Baudu perdió entónces el seso, y exclamó, con mal contenida cólera :

— ¡ Bueno, pues idos !

La parroquiana se levantó de golpe, muy indignada, y se marchó sin volver la cabeza y diciendo :

— Eso es lo que voy á hacer, caballero.

¡ Qué estupor entónces ! La violencia del principal habia dejado suspensos á todos. Él mismo quedó perplejo y asustado de lo que acababa de decir. La frase habia salido sin quererlo él, como explosion de su amargura contenida. Los Baudu, inmóviles, con los brazos caidos, siguieron con la mirada á la señora Bourdelais, que, al atravesar la calle, parecia llevarse su fortuna. Cuando entró con paso tranquilo por la ancha puerta de *La Dicha*, y la vieron confundirse entre la gente, hubo entre ellos como un sacudimiento.

— ¡ Una más que se nos llevan ! — murmuró el pañero.

Luégo se volvió á Dionisia, cuya nueva colocacion sabia :

— Tambien se te llevan á tí... Tienen el dinero y son los más fuertes.

Dionisia, con la esperanza de que Genoveva no hubiese oido á Colomban, la decia al oido :

— Alegraos... os ama.

Pero la jóven le contestó muy bajo, con la voz triste :

—¿Por qué mentís? Vedle: no puede contenerse. Yo sé que me le han robado como nos han robado todo.

Fué á sentarse en el escritorio junto á su madre. Ésta habia adivinado sin duda el nuevo golpe recibido por su hija, porque sus ojos fueron de ella á Colombar y de éste á *La Dicha*. Era cierto; todo les robaban. Al padre la fortuna, á la madre su moribunda hija, á ésta un esposo esperado hacia diez años. Ante aquella familia condenada, Dionisia, cuyo corazon se anegaba de piedad, temió ser mala. ¿No iba á poner su mano en la máquina que aplastaba á la pobre gente? Pero se sentia arrastrada, y no creia ser malvada por ello.

—¡Bah!— dijo Baudu para darse valor— no nos hemos muerto todavía. Por un cliente ménos vendrán diez nuevos. Oye, Dionisia, tengo ahí sesenta mil francos, que no dejan dormir á tu Mouret... ¡Á ver vosotros si dejais esa facha de desventurados!

Pero no pudo consolarles, y hasta él mismo estaba consternado. Todos miraban al monstruo ensimismados, llenos de dolor. Acababan las obras y se quitaban los andamios, descubriendo la fachada del colosal edificio rasgada por claras ventanas. Á lo largo de la acera se alineaban ocho coches que los mozos cargaban uno despues de otro, ante la oficina de expediciones. Á la luz del sol que llenaba la calle, brillaban las verdes cajas de los carruajes, enviando reflejos hasta el fondo de *El Viejo Elbauf*. Los cocheros, vestidos de negro correctamente, sujetaban los tiros de soberbias guarniciones. Cuando se llenaba un carruaje rodaba sonoramente sobre el empedrado, haciendo temblar las vecinas tiendecillas.

Ante aquel desfile triunfal que debian sufrir dos veces al día, el corazon de los Baudu se oprimió. El padre se volvia loco preguntándose á dónde podia ir aquella inundacion de mercancías, mientras la madre, sufriendo con las torturas de su hija, seguia mirando sin ver, con los ojos preñados de lágrimas.

IX

El 14 de Marzo, lúnes, *La Dicha de las Damas* inauguraba los nuevos almacenes con la gran exposicion de novedades de verano, que debia durar tres dias. Fuera soplaban aire fresco, y sorprendidos los transeuntes con aquel falso regreso del invierno, pasaban rápidamente, abotonados en sus gabanes. Detras de las cerradas puertas de las tiendas vecinas se veian, adosadas á los cristales, las caras pálidas de los pequeños comerciantes, ocupados en contar los primeros carruajes delante de la nueva puerta de honor de la calle Neuve-Saint-Augustin. Aquella puerta, alta y profunda como pórtico de iglesia, coronada con un grupo, la Industria y el Comercio dándose la mano entre complicados atributos, estaba protegida por una ancha marquesina, cuyos recientes dorados parecian iluminar la calle con un reflejo solar. Á derecha é izquierda la fachada, aun con el brillo del revoque reciente, se extendia dando vueltas á las calles Monsigny y de la Michodière, aislando el edificio, excepto en la calle del Dix-Decembre, en donde construía el *Crédito Inmueble*. En toda la longitud de la casa veian los pequeños comerciantes, por entre los cristales que desde el piso bajo al segundo abrian la casa al sol del Mediodía, el cúmulo de mercancías. Aquel cubo enorme, aquel colosal bazar parecia cubrirles el cielo y entrar por algo en el frio que les hacia estremecer en el fondo de sus helados mostradores.

Desde las seis se hallaba allí Mouret dando órdenes. En el centro, al eje de la puerta de honor, corria una galería de extremo á extremo, flanqueada por otras dos más pequeñas: la galería Monsigny y la de la Michodière. Se habian puesto biombos acristalados formando secciones, y las escaleras de hierro subian desde el piso bajo, y puentes-pasadores del mismo metal iban de uno á otro extremo en ambos pisos. El arquitecto, inteligente y enamorado de los tiempos nuevos, no se habia servido de la piedra más